

www.elboomeran.com

Guillermo Alonso

Vivan los hombres cabales

niños gratis*
Colección Asterisco

Primera edición: marzo de 2019
Segunda edición: diciembre de 2019

© niños gratis* 2019
www.niñosgratis.com

ISBN: 978-84-949333-1-8
Depósito legal: M-7214-2019

Diseño: Hnos. Paadín
Impresión: Punto verde

Printed in Spain - Impreso en España

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

*A mi padre,
que tampoco se tomó
nunca nada en serio.*

Una de las cosas que más le gustaban a Isidoro era estrenar algo, aunque no fuese suyo. Cuando se levantaba temprano ciertas mañanas, como la de aquel sábado de septiembre, él parecía ser la única persona despierta de la ciudad y sentía que el aire que entraba por la ventana era limpio y nuevo, que nadie lo había respirado. Había un silencio agradable, solo interrumpido por el chillido monótono y agudo de un par de vencejos, los únicos que desde hacía décadas consideraban aquel edificio un lugar apetecible para formar una familia. Ese ruido también parecía inédito, como si Isidoro lo hubiese escuchado antes que nadie. Abajo, en su calle, hacía muchos años que el espíritu inconsiderado de ciertos barrios obreros de Madrid había germinado sobre los toldos,

puertas y ventanas; se diría incluso que sobre los vecinos, y todos ellos formaban un paisaje uniforme y afligido de color gris ceniza por la noche y rojo ladrillo por el día. El dormitorio de Isidoro —todavía con aquellos muebles que no cambiaba porque, de tan antiguos que eran, los conocía como para sortearlos cómodamente cuando se levantaba a tientas por la noche— daba a un patio de paredes desconchadas, si acaso con grietas nuevas que de vez en cuando asomaban entre la pintura y dibujaban ramas color alquitrán. Sin embargo, esos sábados por la mañana toda aquella fealdad se volvía casi trascendental, como si las luces, formas y colores que ya conocía al milímetro se hubiesen organizado para ofrecer un espectáculo silencioso. Isidoro era capaz de estar varios minutos frente a la ventana, observando la pared rota y los cables de las antenas lo suficiente como para que enseguida dejasen de parecerle un paisaje familiar, como una palabra que empieza a sonar extraña cuando se repite demasiadas veces. Y justo cuando conseguía eso, cuando lo que había al otro lado volvía a resultar nuevo, cerraba la ventana y se iba a desayunar.

A las once de la mañana de aquel sábado Isidoro ya había barrido, fregado y tendido dos coladas. Se había cambiado tres veces de ropa, se había fumado ocho cigarrillos y se había bebido tres cafés. Su madre lo llamó. Isidoro le llevó las pastillas.

—¿Hoy viene Yolanda? —le preguntó la anciana.

—Por la noche.

Le dio un beso en la frente y le metió una pastilla en la boca. Hacía tiempo que la madre de Isidoro había olvidado muchas cosas, pero nunca había olvidado que su lado de la cama era el izquierdo. Al derecho, donde su marido había muerto quince años atrás, le guardaba un respeto reverencial. Todos los domingos por la mañana, cuando Isidoro sentaba a su madre durante un rato en el sofá para cambiar las sábanas, se daba cuenta de que el lado derecho de la sábana seguía impoluto y mantenía su olor a suavizante cítrico de marca blanca.

—Duerme un poco más.

Isidoro tenía la cara escuchimizada, nariz aguileña y ojos grises, debajo de una melena de pelo teñido de rubio platino. Nunca na-

die le había llamado guapo en sus cuarenta y nueve años, ni siquiera su madre, pero desde que ella había enfermado él se encargaba de robarle el piropo cada vez que podía.

—¿Estoy guapo para salir a la calle? Sí, ¿verdad?

—Guapísimo.

Volvió a besarla en la frente.

—Voy aquí al lado. Estaré de vuelta en cinco minutos.

Salió de la habitación antes de que su madre pudiese decir nada. Regresó a su cuarto, se asomó al patio y comprobó que la persiana del tercero seguía cerrada. En el reloj marcaban las once y diez. Era una hora prudente, así que decidió bajar. Por las escaleras se cruzó con la del cuarto derecha. No se saludaron. Llegó a la puerta del tercero izquierda. Llamó al timbre. Era un sonido grave y tosco, no como el que Isidoro había hecho instalar en su casa, consistente en algo parecido a un *adagio*. Nadie respondió. Volvió a llamar. De nuevo aquel sonido desagradable y áspero. Pensó que le pegaba mucho. Consideró si llamar una tercera vez, pero estaba claro que aún no se había levantado. Se dio la vuel-

ta para irse cuando oyó unos pasos al otro lado de la puerta que se detuvieron, como si alguien estuviese echando un vistazo por la mirilla. Isidoro saludó con una sonrisa hacia la abertura, haciendo un movimiento con sus dedos estrechos y largos que apenas seis horas antes habían lucido diez uñas postizas de color cuarzo rosado. La puerta se abrió. Al otro lado apareció Gonzalo: pelo revuelto, cara de dormido, camiseta gris sudada y calzoncillos tipo bóxer de esa tela mala que empieza a agrietarse tras dos lavados. Sacaba a Isidoro cabeza y media. Sus piernas, en comparación con sus hombros anchos, eran más bien flacas y estaban cubiertas por un vello rubio uniforme. Sus pies eran gigantes, como los de una estatua. Miró un rato a Isidoro frunciendo el ceño antes de hablar. El olor que salía del oscuro apartamento era una mezcla de alcohol, sudor y humedad.

—Hola —dijo Isidoro.

Gonzalo no respondió.

—No te acuerdas de nada.

Pero Gonzalo estaba empezando a recordar. Logró adivinar que la noche anterior había estado con el hombre que tenía delante.

Se acordaba, sobre todo, de sus dedos y brazos flacos, y por un momento pudo incluso acordarse del tacto de sus hombros punzantes al darle un abrazo. Pero no se explicaba cómo había acabado abrazando a aquel señor sesentón que había en su puerta.

—No te preocupes —continuó Isidoro—. Te dejo dormir.

—No, no —la voz de Gonzalo sonó ronca, casi de ultratumba, comparada con el tono agudo y melódico de la de su vecino—. ¿Qué ha pasado? Tú eres el del quinto.

—Así es.

—¿Estuvimos ayer juntos?

Isidoro soltó una carcajada. Llevaba un minuto intentando que su voz resultase ensayada y melódica, pero sus carcajadas salían de forma salvaje de algún lugar mucho más profundo. Retumbaban en todo el edificio. Le conferían, si es que eso fuese posible en él, cierta masculinidad.

—Lo que te he dicho, no te acuerdas de nada —Isidoro dijo esto con impostada cordialidad y apoyando su mano huesuda sobre una cadera que solo existía por las noches.

—No.

Isidoro comenzó a explicarle lo que había ocurrido: que Gonzalo había aparecido en Capricho Cabaret, que lo había visto muy borracho como para poder volver solo y que un compañero de su trabajo y él lo habían traído a casa. Y también que, preocupado por si se caía o se hacía daño, lo había acompañado hasta la puerta de su apartamento.

—Y ahora —remató— solo venía a comprobar que estabas bien.

—Es verdad —el chico pareció revivir un poco—. ¿Cómo te llamabas?

A Isidoro le resultó extraño decir su nombre artístico a aquellas horas de la mañana mientras permanecía en pie en el descansillo frente a un joven en calzoncillos. Pero lo hizo en bajito.

—Gioconda.

—Es verdad. No sé cómo acabamos en tu bar.

—Veo que estás bien, entonces —observó Isidoro.

—Gracias por traerme —dijo él—. Estoy bien, sí. Cansado.

—No me extraña, hijo —otra carcajada salida del mismísimo averno que hizo que Gon-

zalo frunciere el ceño como si hubiesen caído cientos de clavos sobre su cabeza.

—Bueno —dijo el chico liberando una esencia de güisqui y cerveza que llegó hasta Isidoro—. Voy a intentar dormir un poco más.

—Que venía a decirte también que mi ofrecimiento de cortarte el pelo sigue en pie. Que ayer me dijiste que te venía bien ahorrar. Y lo necesitas, la verdad.

Gonzalo esbozó una preciosa sonrisa. Los dedos flacos de Isidoro apretaron aquella cadera imaginaria.

—No me acordaba de eso tampoco.

Isidoro estiró la mano hacia el brazo de Gonzalo y tocó con suavidad un bíceps duro.

—Descansa.

Y esto es lo que había ocurrido la noche anterior: eran las tres, más o menos, e Isidoro estaba en su camerino a punto de salir cuando vio a Gonzalo al otro lado del telón. Era un cuartucho de unos seis metros cuadrados al lado del escenario con el espacio justo para una mesa, un espejo y un burro

lleno de trajes con brillantes y pelo sintético. Era tan pequeño que las artistas lo tenían que usar por turnos un rato antes de comenzar su número y solo coincidían dos personas allí cuando se cruzaban en la puerta, una entrando y otra saliendo. Estaba fumando aunque no se podía (le constaba que también lo hacían Bienvenida Amenos y Sarita Vernel) y cada treinta segundos caminaba hasta el telón, acercaba su ojo derecho (con el que veía bien) a la apertura de apenas unos centímetros y se aseguraba de que aquel chico que estaba en primera fila con ojos vidriosos y la camiseta sudada era su vecino. Éste observaba cómo la artista nueva (Isidoro ni siquiera recordaba su nombre) cantaba una de sus ridículas canciones de pop moderno. Juraría que se reían de ella.

La actuación terminó e Isidoro se alejó velozmente de la cortina. La nueva entró y le sonrió.

—¿Has visto al de la primera fila? —preguntó maravillada.

Isidoro no le respondió. Escuchó al jefe, que se había acercado al micrófono para presentarla.